

EL CABRA

Hay personajes que te cautivan por su inteligencia, otros por su habilidad social, algunos por su don de gentes y casi ninguno por su dinero. **Vicente**, *el Cabra*, es un paisano mío que siempre fue líder en la comarca de La Serranía a la hora de pegar tiros. Pero no es eso lo que te engancha de él. Vicente tiene una habilidad especial para contar historias, casi todas autobiográficas. Le apodan *Cabra* por sus excentricidades, un ejemplo: enciende auténticas *mascletás* desde su casa al pie de la loma de la Torreta, en Pedralba, a poco que ocurra algo que considere importante celebrar. Él me confiesa:

—Que me llamen, que me llamen *Cabra*, yo a la mía. Me interesa que todo el mundo piense que estoy tonto, que no soy listo; porque listo viene de listón y listón es familia de madero y primo hermano de tablón.

Utilizando su memoria prodigiosa nos cuenta su azarosa vida. Era un jovencuelo y ya maravillaba a propios y extraños con su gran puntería; no había por el entorno nadie que le ganara a tirar al plato, al pichón o a cazar liebres. Con su vieja escopeta de cañones paralelos acertaba a todo lo que se le ponía por delante; eso sí, a cada tiro el retroceso actuaba sobre el gatillo y le iba dejando sin dedo índice. En la mili fue tirador de elite y lo enviaron a defender las cintas de transporte de fosfatos en Bu-Craa (Sahara) del ataque marroquí, cuando lo de la marcha verde.

—Vicente, ¿cuántos mataste? —le pregunta **Jesús**, *Catuta*.

—No sé, no sé... —duda y mira hacia el techo como si quisiera volver a ver aquellas sombras humanas a través de su mira telescópica— bastantes. Cada mañana llegaban las ambulancias y recogían un montón de cadáveres. ¡Eh!... Ellos también tiraban. Las trazadoras me pasaban por encima de la cabeza —termina la frase con un sonido onomatopéyico que imita a la perfección el silbido de las balas al rebotar en las rocas que les servían de abrigo del fuego enemigo.

Vicente es, además, un gran maestro si de fogones se trata. A lo largo de su vida ha trabajado tanto de cocinero como de marmitón en bares, cocinas de rancho y restaurantes. Precisamente, la tertulia que aquí refiero se celebraba al tiempo que dábamos cuenta de una *carne a lo pastor* que había preparado con liebre, jabalí y perdiz procedentes de sus fondos de despensa cazadora.

—¿Con qué arma cazas ahora? —me intereso por su tema preferido.

—Hace varios años vendí todas mis armas de fuego, escopetas y rifles. Me dio la locura, ya sabes me llaman *el Cabra*, y decidí que debía darle algo más de ventaja a los animales. Utilizo el arco y las flechas. Soy el último mohicano —se pone la mano en la boca al tiempo que comienza a interpretar con una armónica imaginaria el tema de aquella legendaria película de **George B. Seitz**.

—Y ¿le aciertas a una liebre con una flecha? —cuestiono con incredulidad.

—Soy casi mejor con las flechas que con los perdigones o las balas. No hace mucho porfié una apuesta con un amigo y desde más de cien metros agujereé un naipe que sostenía mi chaval con la mano.

—¡Qué *salvajico* eres! —le espeta **Vicente Vela**.

—Pues, ¡anda que tú! —le contesta con desdén—. Llevo tres días detrás de una liebre que se me resiste. Hoy le he tirado dos flechas y no he podido con ella. Pero ya caerá.

—No es un salvaje ni un mohicano, Vicente es nuestro **Guillermo Tell** —aclaro mientras el personal aplaude y ríe con regocijo.

Sí, Vicente, *el Cabra*, vive su vida con empeño y, aunque reconoce algunos defectos, tiene algunos puntos en común con el legendario héroe suizo que liberó su pueblo del despotismo del tirano **Gessler**. Pero él sabe que su vida no es un ejemplo para otros ni pretende liberar a nadie, salvo a su propia libertad.

—No me toquéis los huevos, yo no soy ningún Guillermo Tell. Yo soy *el Cabra*.

Para mí es suficiente.